40 AÑOS ACOMPAÑANDO

Servicio Jesuita a los Refugiados

El Servicio Jesuita a Refugiados (JRS por sus siglas en inglés) celebra este año su cuarenta aniversario, y este acontecimiento es una combinación de agradecimiento por su fundación, agradecimiento por tantas personas que han colaborado en el SJR durante estos años, pero también, de sana curiosidad por su futuro.

EL SJR nace por una intuición personal del P. Arrupe y esto ha sido siempre un motivo de especial empatía hacía una obra que nació de una forma muy humilde en sus capacidades, pero muy ambiciosa en sus motivaciones. La historia es sencilla.

RESPONDER A LA NECESIDAD

En 1980 el P. Arrupe, superior general de los jesuitas, contemplaba impresionado las imágenes de miles de personas escapando de la guerra en Vietnam. Los *boat people*, así se llamaba a las personas que abarrotaban las pequeñas embarcaciones con las que intentaban alcanzar Hong Kong y otras zonas de Asia. Miles de personas que escapaban de un conflicto muy cruel y que buscaban protección fuera de su país, arriesgando sus vidas en ese intento. Lo mismo que vemos en nuestros días, cambiando las costas y la procedencia de los refugiados.

La realidad es la misma para todos, pero no todos vemos lo mismo. Contemplando esas escenas, que alcanzaron sus máximos en los años 1978 y 1979, el P. Arrupe sintió la necesidad de responder, de «hacer algo». Es lo que diferencia a una persona carismática del resto. Nosotros miramos las noticias y nos quejamos, nos lamentamos, las personas como Arrupe se preguntan, ¿qué podemos hacer?

El P. Arrupe decidió enviar un breve mensaje, un telegrama –entonces no había todavía el correo electrónico– y preguntó a una veintena de superiores jesuitas de varios lugares del mundo qué se podía hacer ante una



Escultura *Ángeles inconscientes*, de Timothy P. Schmalz en la Plaza de San Pedro del Vaticano, dedicada a los migrantes y refugiados del mundo.



Encuentro homenaje de las Organizaciones sociales jesuitas a los 40 años de trabajo.

situación tan dramática. Para su sorpresa llegaron a Roma una buena cantidad de sugerencias y eso le ánimo al P. Arrupe a convocar una reunión de una decena de personas en la que se decidió crear el Servicio Jesuita a Refugiados. En aquel momento era una pequeña oficina, dependiente del Secretario para la Justicia Social en Roma.

¿Qué pensaba el P. Arrupe al lanzar esta iniciativa? Primero, como explica en su carta del 14 de noviembre de 1980 titulada *La Compañía y el problema de los refugiados* (Acta Romana SI, Vol. XVIII, 1980. pp. 319-321), se trata de «un reto a la Compañía que no podemos ignorar si queremos ser fieles a los criterios de San Ignacio para nuestro trabajo apostólico y las llamadas recientes de las Congregaciones Generales 31 y 32». Un reto apostólico, para el que el Padre Arrupe cree que estamos bien preparados por nuestro ideal de disponibilidad, por el número de instituciones de las que nos encargamos, y por la activa colaboración de tantos laicos. Todo ello le hace confiar al Padre Arrupe en que podíamos hacer una contribución positiva a las víctimas de estos desplazamientos forzados.

Un par de notas más de aquella carta «fundacional» por parte del P. Arrupe. Él considera que estamos ante un «apostolado moderno», de una manera intuitiva Arrupe estaba leyendo la realidad de una forma muy profunda. El problema de los refugiados, como él lo llamo, ha permanecido por cuarenta años, sin disminuir, sino al contrario, ha seguido creciendo. Nuestro mundo no ha sido capaz de generar más paz.

La otra intuición de Arrupe es que el SJR podría ser una fuente de «renovación espiritual para la Compañía». Este es el deseo de cualquier obra jesuita, por un lado, ser el lugar donde lo mejor de nuestra creatividad e inspiración se ponen en juego al servicio de aquellos a los que servimos; pero al mismo tiempo, esta inmersión en la realidad debería iluminar nuestra espiritualidad, hacerla más encarnada, más atenta a los signos de los tiempos, pero, sobre todo, más misericordiosa. Creo que son muchos los jesuitas que se han enriquecido por su paso por el SJR. Su experiencia ha contribuido a que la Compañía de hoy sea más sensible y está más atenta al sufrimiento de este mundo, a sus causas y a las implicaciones que tienen para nuestra sociedad.

Por último, en este recorrido por el documento fundacional el P. Arrupe vuelve a dar en el clavo de la intuición cuando dice que este apostolado debe ser «humano, pedagógico y espiritual». Al señalar estas tres notas estaba anticipando la dirección de este apostolado, nuestra contribución como jesuitas es particular, diferente a la que hacen otro tipo de organizaciones.

Creo que el tiempo nos ha ayudado a apreciar y valorar el trabajo de tantos en el campo de la salud, de la protección legal, de las infraestructuras, de la defensa y promoción de derechos… nunca se hace lo suficiente, eso lo sabemos muy bien. Pero hemos ido aprendiendo y configurando nuestra contribución, y efectivamente, se parece mucho a lo que Arrupe indicó hace cuarenta años. Nuestro trabajo tiene una enorme componente de relaciones personales, lo explicaré más tarde, pero el acompañamiento es nuestra columna vertebral. Somos una organización pequeña en el campo de la ayuda humanitaria, pero pegados a la vida de las personas. Y efectivamente, nuestra mayor contribución –aunque no exclusiva– es en el campo de la educación. Y este apostolado es eminentemente espiritual, es su fuente y su destino, como nos ha recordado el Papa Francisco al celebrar este aniversario: «Su testimonio del amor de Dios al servir a los refugiados y migrantes es, además, esencial para construir la "cultura del encuentro" (cf. *Fratelli tutti*, 30), que es la única que puede sentar las bases de una solidaridad auténtica y duradera por el bien de nuestra familia humana».

40 años de misión acompañando, sirviendo y defendiendo a las personas desplazadas y refugiadas en la cercanía y el amor que inspiró su creación en 1980 por el Padre Arrupe.

CUATRO DÉCADAS DE GENEROSIDAD, COMPROMISO Y SOLIDARIDAD

El momento fundador de una obra es muy importante porque da la dirección y establece las bases de lo →

que seremos después. Pero obviamente las buenas intenciones del comienzo se tienen que confirmar a lo largo de su vida. El SJR se ha convertido en un canal de generosidad, compromiso y solidaridad con esa humanidad sufriente que ha crecido hasta los 70 millones de personas desplazadas forzosamente en el planeta. Ese canal se nutre de la colaboración de jesuitas, algunos en formación, religiosos y religiosas, laicos, laicas y de los mismos refugiados que se convierten en protagonistas de nuestros programas.

La expansión del SJR fue muy rápida, desde Asia –inicialmente Hong Kong– se extendió a Tailandia, luego llegó a Australia, poco después en África y luego ya en América Latina, para pasar a Europa, Estados Unidos e India. La última región en incorporarse ha sido Oriente Medio. Actualmente el SJR se organiza en una Oficina Internacional en Roma, con diez regiones en todo el mundo, y está presente en más de 50 países.







Como organización ha hecho un largo recorrido. En Asía de los *boat-people* vietnamitas se pasó a las víctimas del Khmer rojo en Tailandia, posteriormente la paz, y el regreso a Camboya. De este tiempo es la famosa campaña contra las minas anti-persona en las que el SJR fue un importante actor. En 1997 Tun Channareth, un superviviente de las minas, y miembro del equipo de JRS Camboya recibió, sentado en su silla de ruedas, el premio Nobel en nombre de una alianza de más de treinta organizaciones.

A lo largo de estos cuarenta años, el SJR ha estado presente allí donde se han producido grandes desplazamientos forzosos de nuestro tiempo. En los años ochenta en Méjico, con comunidades refugiadas indígenas de Guatemala, con los desplazados internos de Colombia y más recientemente con todos los que huyen de Venezuela. En 1994, en Ruanda, en un dramático genocidio que tuvo repercusiones posteriores en toda la región, especialmente en el Congo y Burundi. En Mozambique, en Sudán y en el actual Sudan del Sur, en Angola, Etiopía y África Centroafricana. África conoce bien el sufrimiento de su gente.

En India, acompañando a miles de desplazados internos. Es reciente el desplazamiento de cientos de miles de Rohinga en Bangladesh. Desde la India también se asegura la presencia del SJR en Afganistán, donde en condiciones extremadamente difíciles se vienen llevando a cabo varios programas de educación, especialmente dirigidos a las mujeres.

«La audacia del P. Arrupe en la fundación del JRS aún es necesaria hoy en día en un mundo lleno de personas desplazadas», Arturo Sosa, P. General de la Compañía de Jesús.

Medio Oriente ha sido la última región en crearse en el SJR, su oficina regional está en El Líbano y desde allí se da apoyo al trabajo en Siria, Jordania e Irak. De todos esos países, el más afectado recientemente es Siria, con un éxodo de más de diez millones de personas. Pero antes fue Irak quien vivió la guerra. Lamentablemente nada indica que cuarenta años después la misión del SJR tenga menos sentido o sea menos necesaria, al contrario, vivimos en sociedades cada vez más violentas.

¿Y en Europa? En Europa el SJR está presente en 22 países. Vivimos un momento de especial conflicto en los años 90, con la guerra en los Balcanes que generó decenas de miles de desplazados. Europa es una región de destino final, las personas llegan aquí buscando asilo o trasladadas en procesos que se inician en el país donde están refugiadas. El SJR en Europa trabaja, especialmente, en cuatro áreas: el acceso a la protección (asegurar que las personas puedan pedir asilo en condiciones adecuadas y mediante los procedimientos correctos); acompañar en situaciones de detención (cada vez más los países europeos recurren a la detención como forma de control y disuasión); la integración de los que están en nuestros territorios y la incidencia y la sensibilización. Nuestra actividad no está orientada a la ayuda humanitaria, como en otras regiones, sino a la protección y el acompañamiento.









ACOMPAÑAR, SERVIR Y DEFENDER

Desde muy pronto la misión del SJR se configuró en torno a tres conceptos que nos han definido: acompañar, servir y defender. Acompañar es la opción fundamental, la que proponía el P. Arrupe en su carta fundadora. Aunque procuramos actuar con las máximas exigencias profesionales de la ayuda humanitaria, o el trabajo psicosocial, nuestro foco está puesto en las personas concretas a las que servimos. Solo tenemos sentido cuando ellas son el centro de nuestra actividad. El acompañamiento es la expresión de nuestra vocación como una llamada del Señor a estar junto a los que sufren.

Para ello debemos operar con competencia profesional. Nadie espera de un colegio o una universidad de la Compañía un desastre educativo, al contrario, deseamos ofrecer el mejor servicio, el más competente, excelente. Como obra de la Compañía tenemos la misma mirada, nuestro *magis* también es muy exigente. Poblaciones tan vulnerables requieren la mayor competencia por nuestra parte y toda la cercanía humana. Nuestros servicios van desde la educación al apoyo psicosocial, desde la protección en centros de detención al aprendizaje, lenguas, o la inserción profesional. Ayudamos a las personas a un futuro abierto, hasta que puedan encontrar una solución definitiva a sus vidas.

El SJR, fruto de nuestra espiritualidad, siempre ha incluido en su misión la defensa de estas personas, también hablamos de la incidencia. Se trata de buscar respuestas estructurales, no basta con la ayuda –que es imprescindible–, pero debemos proponer respuestas que incluyan la reconciliación y cambios legislativos y estructurales que mejoren la protección, y en último término que promuevan la paz.

«No celebramos JRS en sí, ojalá no existiese la necesidad del trabajo del JRS en el mundo: hoy celebramos a los miles y miles de refugiados que han formado parte de la familia del JRS. Hemos recibido y recibimos mucho de ellos», Tom Smolich SJ, Director JRS.

Después de cuarenta años de vida, en todos lo que colaboramos o han colaborado con el SJR, existe la convicción interna, humilde pero estimulante, de que estamos dando respuesta a aquella intuición que tuvo el P. Arrupe. Y que al hacerlo hemos ayudado a que la vida de miles de personas sea mejor, pero también hemos contribuido a que a la «renovación espiritual» de la Compañía de Jesús.

JOSE IGNACIO GARCÍA, SJ
Director Regional para Europa del SJR